

El profesor Brown venía trabajando en la teoría del tiempo durante muchos años.

—Encontré la ecuación clave —le dijo un buen día a su ayudante Roberto—. El tiempo es un campo, y los fenómenos de la historia son simples diagramas de flujo que ocupan parcialmente ese campo.

—Notable —dijo Roberto, bastante desanimado: Sofi acababa de enviarle un whatsapp inequívoco: tenemos que hablar beto. Y él ya tenía sus sospechas.

Siempre en lo suyo y exhibiendo su iPhone, el profesor Brown siguió diciendo:

—La APP que estuve programando puede reproducir en imágenes concretas los hechos del pasado, si se los presentamos en forma de algoritmos inequívocos. Por ahora, sólo funciona enunciando al comienzo nombres de capitales europeas.

—Podríamos probar con nombres propios en general —arriesgó Roberto—. Según la teoría de conjuntos, es posible que...

—... en este momento trascendente no necesito ninguna de tus burdas sugerencias —le respondió el profesor, y se acercó el iPhone a la boca y dijo—: Roma-cristianismo-Coliseo.

El display se fue tupiendo de leones y mandíbulas empapadas de rojo, de mártires arrastrados por la arena y destrozados por garras filosas, de viacrucis presididos por sucesivos papas.

—Berlín-Muro-Guerra Fría.

El display se fue tupiendo de disidentes baleados al pretender pasar del este al oeste de la ciudad, de hombres y mujeres que empuñaban demoledoras mazas, de multitudes que aclamaban a Juan Pablo II.

—Funciona, funciona —dijo el profesor Brown, exultante—. It's alive! Sólo hay que refinar la búsqueda.

—Claro —dijo Roberto, que seguía ensimismado tejiendo conjeturas—. Si yo digo Sofía, capital de Bulgaria, no dará lo mismo que diga —al decir esto le arrebató el iPhone al sorprendido profesor Brown y se lo llevó a los labios— Sofía-Brown-laboratorio-horas extras.

El display se fue tupiendo de imágenes XXX, a cual más lujuriosa, procaz y reveladora. Y el ayudante Roberto empezó a arremangarse los puños.